

La Primavera de Abril.

María Sorén



Capítulo 1

LA PRIMAVERA DE ABRIL.

— ¡Hoy es primavera de nuevo! Hace tiempo que no me gusta, quizá es porque me hace evocar el pasado. Recordar la primera vez que la vi, una hermosa chica de veintitrés años y piel morena. Cabellos castaños ensortijados, ojos pequeños, asiáticos como los de una japonesa.

Precisamente fue un día de primavera cuando literalmente el destino nos hizo tropezar, o mejor dicho a mí me hizo tropezar y caer de bruces hasta los pies de una mujer. No me levanté enseguida, pues contemplaba unas bonitas piernas frente a mí. Por fin miré hacia arriba encontrando un lindo rostro que sonreía con preocupación.

— ¿Te hiciste daño? — preguntó con una voz tan dulce que me subyugó al instante.

— No, estoy bien — dije poniéndome de pie rápido, sacudiendo mi ropa.

— Me alegro, pensé estabas lastimado. ¿Te acompaño a tu facultad?

— No te molestes...

— ¡No es molestia, hoy por ti mañana por mí! — dijo sonriendo y entregándome los libros que había recogido del suelo.

— Gracias, pero de verdad no es necesario. Me llamo Santiago Díaz.

— Abril Lara, gusto en conocerte. Me voy entonces, tengo clases.

— ¿Qué estudias?

— Medicina Veterinaria, ¿tú?

— Medicina, creo nos veremos seguido por el campus.

— Tal vez, adiós Santiago.

— Adiós... ¡Hasta luego Abril! — dije rectificando. Volvió a sonreír y se fue caminando despacio con una coquetería sublime al edificio de veterinaria. La seguí con la mirada hasta que desapareció. Así que abracé mis libros y tomé rumbo a mi facultad, a veces giraba la cabeza con esperanza de

verla otra vez pero no ocurrió.

Durante semanas no la vi a pesar de desearlo, me sentaba en la jardinera de cemento frente a la facultad de veterinaria y esperaba, sin suerte.

Hubiese querido ir a buscarla directamente pero tenía miedo, sudaban mis manos y los pies se negaban a avanzar. Así que resignado seguí aguardando.

Para mi fortuna todo cambió una tarde, cerca de las siete. Hacía calor y yo esperaba frente al edificio como siempre. De pronto una dulce voz habló a mi espalda.

— Hace calor, ¿me invitas un helado?

— ¡Abril...!

— ¡Hola! Vamos a tomar un helado, yo te invito.

— ¡No...digo sí, vamos! Pero yo te invito a ti — pronuncié nervioso.

— Ok — dijo ofreciéndome su mano. Yo la tomé gustoso y así de la mano

fuimos hasta la heladería, en donde conversamos, reímos, nos conocimos. Esa se convirtió en una de las muchas tardes vividas a su lado.

Desde ése momento, amé irremediabilmente a ésa mujer. ¡Adoraba su risa, sus cabellos, su rostro! Pero me identificaba por completo con su grandiosa alma e inteligencia. Los ratos libres los pasábamos juntos paseando por los canales de Xochimilco o en la heladería. Yo la hacía reír con mis malos chistes y ella leía poesía clásica haciéndola comprensible para mí. Ése fue el comienzo de mi enamoramiento ni más ni menos. Era la respuesta a todas las tonterías que llenaban de interrogaciones mi vida.

Por fortuna esa primavera pasó llena de felicidad para ambos, principalmente para mí pues la quería casi como un tonto. ¿Abril sentía lo mismo por mí? No lo supe en ése entonces. Solo sé que irremediabilmente transcurrió el verano, el otoño llegó el invierno, y como ése pasaron varios en el que sentía tener otra vida donde soñaba despierto y suspiraba sin remedio por ésa mujer. Pronto ella se graduó. A mí me faltaba tiempo para terminar la carrera, entonces pensé con angustia que dejaría de verla. Se iría a buscar donde trabajar para desarrollar su carrera de médica veterinaria y que el tiempo precioso entre los dos estaba por terminar. Para colmo yo seguía sin hablar de mis sentimientos, lo sé, era estúpido. Pero solo los corazones enamorados saben lo difícil que es comunicar el amor a la persona querida por temor

al rechazo.

Así que la dejé ir sin decirle nada. Poco a poco la amistad se fue enfriando al alejarnos por el trabajo y los estudios. Ella obtuvo empleo en un hospital veterinario al sur de la ciudad de México. Pero no fue lo único que obtuvo. Encontró en otro hombre el amor que yo nunca le expresé.

Con el corazón roto me fui, de ella. Dejé que el olvido se interpusiera entre ambos, me alejé en silencio derramando lágrimas silenciosas dentro de mi alma, por cobardía, sí. Me dediqué a mí servicio social, lo hice en diferentes partes de la república hasta graduarme y regresé a la ciudad de México para trabajar en un buen hospital. Sin darme cuenta el tiempo pasó hasta completar doce años. Me consolidé en mi profesión de médico creándome una carrera exitosa donde tenía un prestigio ganado con un gran esfuerzo y estudio. Pero mi vida privada era solitaria, gris, seguía teniendo ése miedo de externar mis sentimientos, así que cuando la nostalgia me invadía y la primavera llegaba, mi pensamiento era ella, la hermosa y querida Abril.

¿Dónde estaba ésa linda mujer? ¿Era feliz? Seguramente, era tan libre, tan extraordinaria y capaz de hacer feliz a cualquiera que compartiera su vida. Abril era la alegría personificada. Soñaba tanto con verla, con acariciar sus cabellos y mirar sus ojos desaparecer cada vez que sonreía pero como siempre, no hice nada para encontrarla.

Un buen día llegué al hospital, e hice la misma rutina de los últimos años. Entrar

al consultorio, vestir mi bata blanca, ajustar mi corbata y recorrer las salas junto con los pasantes a mi cargo para revisar a los enfermos de ése día. Durante una hora lo hicimos, hasta llegar a la última cama, donde una mujer nos daba la espalda. Yo me quedé detrás de la cortina mientras los pasantes leían en voz alta el expediente. La mujer no estaba grave, pero había sido lastimada al parecer por su pareja sentimental.

— La señora Moro presenta múltiples golpes en el rostro y en los brazos, la herida del pómulo ya fue saturada. ¿Tiene todavía dolor señora Moro?
— preguntó el estudiante.

— No, pero gracias por preguntar — respondió con suavidad.

La voz de la mujer me hizo estremecer, la reconocí. Nunca olvidé ésa su manera de hablar. El muchacho siguió leyendo, cuando terminó me miró interrogante, yo solo asentí y les pedí se fueran. Los pasantes se extrañaron de mi actitud pero se marcharon dejándome solo con la paciente.

— Abril... — la llamé.

Su cuerpo tembló ligeramente, me había reconocido también.

— Santiago... ¿Tú?

— Sí, soy el médico en jefe en éste hospital. Pero... ¿qué te ha pasado? — pregunté sentándome en la cama y tocando su hombro. Se giró hacia mí dejando ver su bonito rostro desfigurado por los golpes, lleno de hematomas oscuros y sus ojos pequeños casi cerrados por la hinchazón —. ¿Quién fue capaz de hacerte esto? — pregunté horrorizado.

— Es una historia corta y triste con dos protagonistas. Unos amantes que creyeron alcanzar la dicha juntos. Pero uno de ellos se equivocó al creer en el otro, y ése otro se llenó de frustración al sentirse inferior... como ves, solo una historia vulgar — dijo tratando de sonreír con sus labios rotos.

— ¡Eso no puede ser, tú no eres así! La Abril que conocí no permitiría que la hirieran...

— ¡Ella no existe más Santiago, solo ésta muñeca triste y rota que ves ahora! Pero no quiero hablar de mí. Dime, ¿cómo estás tú?

—Pues me ha ido bien, soy jefe de éste hospital. He tenido algunos reconocimientos, pero... te he extrañado ¿sabes? Es tonto decirlo ahora, aun así quisiera decirte algo que nunca te dije antes porque no me atreví.

— Sshhht, no digas nada. ¡Ya no es tiempo, solo abrázame para saber que aún soy un ser humano! — pronunció con tristeza. La abracé de inmediato, estreche su frágil cuerpo en mis brazos mientras ella sollozaba. No deseaba dejarla de nuevo. Con delicadeza la recosté en la almohada, limpié sus lágrimas mientras ella sonreía levemente —. Gracias por seguir siendo mi amigo. Vete ahora, quiero descansar un poco.

— Te veré después. Si necesitas algo...

— Lo sé, gracias. — Volvió a decir cerrando los ojos para dormir.

Me retiré confuso y lleno de odio hacia el responsable de hacerla sufrir. Revisé el expediente en busca de su dirección, nombre del esposo. Quería enfrentar al culpable y hacerle pagar su maldad. Por desgracia tuve una emergencia médica y estuve ocupado en ella. A la noche regresé a buscarla, la cama estaba vacía eso me alarmó. Llamé a gritos a la enfermera.

— ¿Dónde está la paciente de la cama 202?

— Se fue doctor, vino su esposo por ella. Cuando regresé para cambiarle el vendaje de la mano estaba yéndose con él.

— ¿Por qué no la detuvieron? — pregunté furioso.

— ¡No pude, no era una enferma grave y se fue por su voluntad! Lo siento — dijo y se alejó dejándome con mi enojo. Regresé a mi oficina, anoté la dirección de su casa, salí corriendo a mi auto y me dirigí a Coapa. Llegué hasta ahí encontrando solo un terreno baldío, había dado datos falsos.

Desolado me marché a casa. Por meses la busqué, sin encontrarla. Semanas después tuve que trasladarme a trabajar a Guadalajara por varios meses. Dejé instrucciones por si ella volvía, no deseaba perder su pista nuevamente. Efectivamente ella regresó otras veces, siempre por la misma razón y por desgracia las heridas eran más graves en cada ocasión. Pero igual que antes, ella se marchó sigilosa. Sentía vergüenza que la vieran así, una mujer fuerte y decidida dejándose maltratar. No pidió ayuda pues ya no creía en nadie. Todas las veces que lo hizo ante las autoridades solo encontró indiferencia y vacío, como

infortunadamente les pasa a tantas otras mujeres en éste país.

Tras cumplir mi tiempo de trabajo en Guadalajara regresé y reanudé la búsqueda, ésta vez con la ayuda de un policía. Sin embargo los días pasaron sin resultado alguno, el policía solo decía que la ciudad era muy grande y en cierto modo tenía razón. Así pasó el tiempo. Otro otoño llegó, lo mismo que el invierno y una nueva primavera llenó de calidez la ciudad. Seguí trabajando en el hospital esperando una buena noticia hasta que una tarde recibí la llamada del policía.

— ¡Venga a ésta dirección, de inmediato! — dijo sin más. Colgué el auricular y con saco en mano acudí al lugar. Llegué hasta un viejo y pequeño edificio. Había patrullas, una ambulancia del Semefo y decenas de curiosos.

Me acerqué al policía que me ayudaba y pidió lo siguiera. Subimos las escaleras, estaba aterrado por lo que podía encontrar. Horribles escenas se presentaban en mi mente con respecto a ella. Entramos a un departamento amplio, bonito. En la estancia yacía un cuerpo cubierto con una sábana, había un olor nauseabundo, a carne descompuesta, el cuerpo llevaba muchos días ahí. Me cubrí la nariz con un pañuelo, el policía chasqueo la lengua impaciente.

— Creí que estaba acostumbrado al olor, como es médico.

— ¡No trabajo con cadáveres! — Respondí molesto, luego pregunté con miedo a la respuesta. — ¿Es ella...?

— No. Es un hombre, su nombre es Roberto Moro, vivía con una mujer que al parecer era su esposa. Recibió tres cuchilladas, tiene los nudillos lastimados pero no por heridas defensivas, sino por golpear, seguramente "ella" se defendió. No sabemos si es la mujer que usted busca, no hay papeles, las fotografías como ve desaparecieron, y sin huellas. Limpió su presencia muy bien, nada que la pueda identificar. He preguntado a los vecinos y nadie sabe cómo se llamaba la esposa, ni como era. Solo uno mencionó que él la llamaba como un mes del año, pero no recuerda cuál.

— ¿Entonces no hay nada?

— Nada. Desapareció hace dos semanas, que es el tiempo que Moro lleva muerto.

— ¿Van a culparla? — pregunté casi sin aliento.

— ¿A quién? ¿A un fantasma? El tipo era una ficha, recibió lo que merecía. La verdad tengo otros casos que realmente necesitan mi atención. Váyase y ojalá algún día encuentre a quién busca — dijo tocando mi brazo, comprensivo.

Le di las gracias y me fui. Mientras regresaba a casa pensé en todo, me di cuenta que ahora ella era libre, que la pesada carga había desaparecido. Por desgracia Abril había tenido que arreglárselas sola para serlo. Nadie la había apoyado. La policía dio por cerrado el caso, no les interesó hacerle justicia a una escoria como Moro. ¡Eso me tranquilizó! Y cómo siempre el tiempo pasó, dicen que éste cura las heridas pero no lo creo, la mía sigue abierta. Todavía pienso en Abril, pero cada día que pasa se convierte en un viento que escapa de mis manos.

Continué mi vida solitaria y gris sin cambio alguno. Ahora estoy en Ottawa. Por fortuna ha terminado mi participación en un aburrido congreso médico. Voy de

regreso al aeropuerto en un auto alquilado, invariablemente solo, pensativo. De pronto un golpe y un aullido me sacan de ello. Bajé del auto al tiempo que una llorosa niña llega corriendo a abrazarse con desesperación al cuerpo de un perrito café que aúlla lastimero junto a mí.

— ¡Perdona, no fue mi intención...! — pronuncié desconcertado y afligido.

Nunca me ha gustado lastimar a los animales.

— ¡No se quede ahí de pie hay que llevarlo a la clínica que está más adelante! — me gritó enojada la madre de la niña. Yo acepte de inmediato, tomé al pequeño animal colocándolo en el asiento delantero y la niña con su madre subieron atrás.

Manejé lo más rápido que pude siguiendo las instrucciones que la mujer me daba para llegar al servicio veterinario. Una vez ahí bajé de prisa con el animalito en mis brazos seguido de la madre y la niña. Inmediatamente nos atendieron llevándose al perro a uno de los consultorios, sus dueñas entraron y yo me quedé en la recepción. Continuaba perturbado, pero decidí esperar las noticias de la salud del animal, tenía miedo de haberlo lastimado gravemente.

Nervioso me pasee por la sala, tardaban bastante en decir algo. Saqué un cigarro para fumar pero una mano femenina lo quitó de mi boca.

— ¡No se puede fumar aquí! — me reprendió con suavidad.

La verdad no sé cómo no caí al suelo por la impresión, la reconocí de inmediato. ¡Era ella, mí Abril que me miraba con sus ojos pequeños y cansados! El gran amor de mi vida estaba frente a mí, con su dulce sonrisa y una pequeña cicatriz en su labio inferior que el labial no ocultaba del todo.

— El perrito está bien, aunque creo que te costará unos buenos dólares.

— Lo sé y no me importa... ¡Estás aquí y es lo único que me interesa! Pero tú...— comencé pero ella puso un dedo en sus labios haciéndome guardar silencio. Comprendí, no quería hablar del pasado y yo tampoco, era una curiosidad malsana.

— ¿Sabes? Hace calor, me gustaría un helado. ¿Me invitarías uno?

— Es por la estación... ¡Y sí, todos los que quieras, ahora y siempre! — dije con todo el amor impreso en mis palabras y en el rostro. Abril lo entendió, se colgó de mi brazo y salimos juntos. En medio del calor de una nueva primavera para ella y para mí.

FIN.

